



## Sol y celebrities

Mick Jagger y Bianca Pérez Morena de Marcías a la salida de su boda en Saint Tropez, Francia, el 12 de mayo de 1971. A la dcha., Brigitte Bardot en Saint Tropez en 1962.



“En Antibes no hay nadie -bromeaba Scott Fitzgerald- excepto Valentino, Mistinguett, Dos Passos, Anita Loos y Dorothy Parker”. LA RIVIERA FRANCESA ha sido siempre la mejor excusa para celebrar la *joie de vivre*, aunque el mundo estuviera a punto de naufragar. Ahora, el libro *La novela de la Costa Azul*, de Giuseppe Scaraffia, retrata la fascinante vida de este lugar, donde todo parecía tener un *lado artístico* y, como escribió Cocteau, “despuntaban las raíces de las flores que luego se vendían en París”.

## Divina locura

—César Suárez.



Jean Seberg (1958).  
A la dcha., carteles  
de Niza. Debajo,  
la familia Fitzgerald:  
Scott, Zelda y su hija  
Frances (1926).



Jean Cocteau junto a uno  
de sus cuadros en la villa  
de Santo Sospir, Saint Jean  
Cap Ferrat, 1955.

Pablo Picasso en Cannes, 1956. Debajo, a la izda., Gerald y Sarah Murphy, anfitriones de los Fitzgerald y organizadores de grandes fiestas. A la dcha., Coco Chanel con un amigo.



Colección Crucero de Alessandro de Michele para Gucci Otoño Invierno 2019



# A

Los excesos se toleraban con facilidad en la Costa azul y todo parecía tener un lado artístico en las primeras décadas del siglo XX. Por la naturaleza privilegiada de esta línea de pueblos colgados sobre el Mediterráneo desfilaba una caravana de rusos que huían de los bolcheviques, intelectuales en busca de aires curativos, artistas tras un clima inspirador y millonarios de toda clase que acudían al olor de una atmósfera exuberante e intrascendente. La Riviera “es el invernadero donde despuntan las flores que luego se venden en París”, escribió Cocteau.

El eje de todo este universo tan literario podríamos fijarlo en la primavera de 1924. Scott Fitzgerald, su mujer Zelda y la pequeña Frances, a la que llamaban *Scoutie*, conocen al matrimonio Murphy, Gerald y Sara, en París. Scott y Zelda querían alejarse de la agobiante vida social de Long Island. En verano ya estaban asentados en St-Raphaël, a 20 kilómetros de St-Tropez, donde planeaban ahorrar dinero –o al menos no malgastar– y tener un año sabático lejos del alcohol y las juergas. Gerald y Sara eran una pareja de millonarios que se conocían desde adolescentes. El, heredero de una exitosa compañía de artículos de cuero; ella, descendiente del general Sherman, hija del propietario de una fábrica de tintas y barnices. Los Murphy, cuyas ambiciones estéticas chocaban con los compromisos empresariales, venían escapando de sus respectivas familias, que además no aprobaban su matrimonio. Para Scott Fitzgerald, los Murphy simbolizarían esa época dorada en Francia –hasta los prolegómenos de la Segunda Guerra– en la que “cualquier cosa que pasaba tenía que ver con el arte”.

Aquel verano, los Murphy se instalaron en el Hôtel du Cap e invitaron a su amigo Pablo Picasso, a quien habían conocido en París, en la *première* del ballet *Les Noceuses*, de Stravinsky, que realizó Diaghilev. Picasso se presentó con su mujer, Olga, y con su hijo, Paolo, y se quedó impactado por la moderna elegancia de Sara, que tomaba el sol con su collar de perlas sobre la espalda. El malagueño atrajo a la Costa Azul tras de sí a una conga de artistas y poetas, como Paul Éluard, que veía en él “la encarnación de la energía creadora en su máxima expresión”. Picasso, además de dejarse admirar, entretenía a sus amigos, “por ejemplo imitando a Hitler con un cepillo de dientes negro en lugar de bigote”. A Éluard su esposa y musa, Gala, que había compartido con Max Ernst, le acabaría dejando por Dalí.

Zelda, que no escribía nada mal, algo que a su esposo no le hacía ninguna gracia porque su vanidad no soportaba la menor competencia, anotó a su llegada: “La Riviera es un lugar fascinante. El paisaje está dominado por un

azul cegador y casas blancas que tiemblan al sol... Un pequeño grupo de personas malgastaba el tiempo siendo feliz y malgastaba su felicidad viviendo al día, y todo ello bajo las palmeras secas y vides agotadas que se aferran a bancales de tierra arcillosa”. Y más tarde: “Para dos auténticos despilfarradores que habían decidido sentar la cabeza, la Riviera en verano parecía de lo más adecuado. Teníamos la sensación de haber huido de las extravagancias, del fracaso y de todos los excesos que habíamos vivido los últimos cinco frenéticos años”. Scott Fitzgerald estaba escribiendo *El gran Gatsby*.

# Z

Por aquellos días, un Cocteau siempre bien provisto de opio deambulaba por el puerto de Villefranche, cerca de Niza. Sus amigos iban a verlo a su habitación del Hôtel Welcome, donde escribió los primeros bocetos de su *Orfeo* que más tarde llevaría al cine. Marcel Duchamp llegó, se encendió una pipa y se puso a jugar al ajedrez. Francis Picabia se fue a navegar en una barca. En aquella habitación vivía una tribu de artistas que iban y venían. A Cocteau le atraía la mezcla de celebridades y gente del pueblo que se cruzaba en aquellos callejones al borde del mar. Por si faltaba alguien, apareció la impetuosa musa y amante de los artistas parisinos, Kiki de Montparnasse, que tomaba el sol desnuda en la playa y armaba broncas en los bares. Acababa de rodar la película surrealista *Le Ballet Mécanic*, de Fernand Léger, donde colaboraban, entre otros, sus amigos Modigliani, Calder, Brassai y Man Ray, su pareja más o menos habitual.

De alojamiento en alojamiento, Cocteau acabó una temporada en una casita dentro de la propiedad de la residencia de verano que Coco Chanel se había hecho construir en Roquebrune, a la que llamó La Pausa. Al arquitecto que la construyó, le hizo diseñar una enorme escalinata que a ella le recordaba a la del orfanato donde pasó su infancia.

Pero no todo era arte y diversión en la Riviera. Jean Lorrain, el escritor simbolista que se batió en duelo con Proust por una agresiva crítica sobre *Los placeres y los días*, escribió: “Todos los chalados, desequilibrados e histéricas del mundo se dan cita aquí... Vienen de Rusia, de América, del Tíbet y del África austral. Y menudo ramillete de príncipes y princesas, marqueses y duques, verdaderos o falsos... Reyes con hambre y ex reinas sin un duro... Los matrimonios prohibidos, las ex amantes de los emperadores, todo el catálogo disponible de ex favoritas, de crupieres casados con millonarias americanas... Todos, todos están aquí”.

A otros, la belleza les abrumaba. La escritora rusa Marina

Tsvietáiva, enamorada en secreto de Boris Pasternak, se lamentaba: “Tanta belleza me consume, me obliga a un estado de admiración permanente”. A Thomas Mann, que había recogido el Premio Nobel de literatura en 1929 y se había enriquecido por las ventas de su novela *Los Buddenbrook*, el tiempo le parecía monótono y el paisaje ordinario: “Todo es sórdido, pobre, poco confortable y muy por debajo de mi nivel de vida”. Como muchos de sus compatriotas judíos, Joseph Roth había llegado a Niza huyendo de Hitler, que había prohibido sus libros, como los de su amigo Stefan Zweig. Roth, empobrecido, se lamentaba: “Yo no puedo compartir un cuarto de baño con nadie, ni soporto que otros me vean en pijama ni ver a otros así. ¡Es horrible!, ¡mejor morir pobre!”.

“Vayámonos a Niza. Nadie se siente desgraciado bajo un cielo azul”, le dijo Elsa Triolet a Louis Aragon antes de fugarse del París ocupado por los nazis. Aragon ya había terminado su relación con la traviesa Nancy Cunard, la de los brazos repletos de brazaletes de marfil, que además de amantes coleccionaba arte primitivo y de vanguardia, heroína de la alta sociedad, a quien había conocido en las reuniones de los surrealistas. En el extremo opuesto Somerset Maugham, por entonces el escritor mejor pagado del mundo, convirtió su Villa Mauresque de Cap Ferrat en el mejor salón social y literario de los años 20 y 30. Allí mandó tapiar la ventana de su estudio para que la voluptuosidad del paisaje no le distrajesa cuando estaba escribiendo.

U

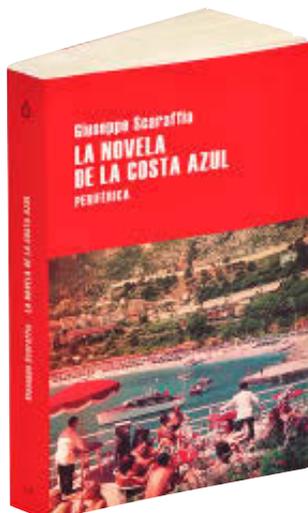
En Niza, Marlene Dietrich tomó por primera vez el sol, y por primera vez renunció a sus habituales colores beige y negro por el rosa *shocking* del vestido que Schiaparelli le había creado para bajar a la playa. Aquellos días en el Hôtel du Cap, que había mandado construir Napoleón III, se alojaban también, entre otras celebridades, Elsa Maxwell, “la cotilla de Hollywood por antonomasia”, que organizaba el gran baile de la temporada. Ese verano la sala de baile del hotel había sido decorada como la cueva de Aladino y los invitados observaban el cielo con unos anteojos, porque había corrido el rumor de que aquella noche Marte chocaría contra la Tierra. Elsa Maxwell conocía bien a Pauline Pfeiffer, una cronista de moda de la alta burguesía norteamericana que al principio sintió rechazo ante la brusquedad habitual del joven Hemingway, casado con la pianista Elizabeth Hadley, pero que poco después cayó en amora-

da del magnetismo del escritor, con quien acabaría casándose, constatando la creencia de que cada vez que Hemingway se enamoraba de una nueva mujer, ésta tenía siempre más dinero que la anterior.

*Hem*, como sus íntimos llamaban a Hemingway, se había convertido en el favorito de los Murphy, en detrimento de Scott Fitzgerald. Pero el escritor, que acababa de publicar *Fiesta*, se sentía estúpido tomando el sol en la playa. “Para disfrutar de Villa America (la mansión de los Murphy en Antibes) debías mimetizarte con todo aquel ritual construido por Gerald, y Hemingway era demasiado primer actor como para intervenir en una comedia dirigida por otro”, escribió otro amigo del grupo, John Dos Passos.

L

Fitzgerald, furioso como un niño mimado, se vengaría de aquel mundo de los Murphy inspirándose en ellos para crear la pareja de Dick y Nicole Diver en *Suave es la noche*. Esta novela, de escaso éxito, se convirtió enseguida en una de las favoritas de Françoise Sagan, que unos años después recorría la costa en un viejo Jaguar negro, que había comprado con las ganancias de su primer libro, *Buenos días, tristeza*. Tenía 21 años y era “veloz en todo: en su automóvil, en su modo de hablar, de cambiar de amante y de vaciar botellas de whisky”. Muchas veces la juerga empezaba en París y terminaba en Saint-Tropez, recorrido que se solía decidir en plena noche. La *troupe* de Sagan ya no era la de los “hermosos y malditos” de Scott Fitzgerald y compañía, pero la alegría de vivir era la misma: “El cielo y el mar me arrojan cada día a la cara el mismo azul, el mismo rosa, la misma felicidad”, escribió. **T**



“Yo no puedo compartir un cuarto de baño con nadie, ni soporto que otros me vean en pijama ni ver a otros así. ¡Es horrible!, ¡mejor morir pobre!”  
(Joseph Roth)